

ENFERMEDAD Y MUERTE DEL LIBERTADOR

*Doctor Hernando Duque Maya M. D.
Miembro de la Academia Antioqueña de Historia
Autor de varios libros*

Ha querido la muy ilustre Universidad Pontificia Bolivariana, conmemorar el sesquicentenario de la muerte de El Libertador Simón Bolívar, en cuya gloria hinca sus raíces este centro del humanismo y de la ciencia. Lo está conmemorando con un ciclo de conferencias sobre la vida y la obra de ese genio americano que nació en Caracas, el día 24 de julio de 1783, y se apagó, triste y con una grandeza imperecedera y sin medida, el 17 de diciembre de 1830, siendo la una de la tarde, allá junto a las playas del Mar Caribe, en una alcoba hospitalaria de la Quinta de San Pedro Alejandrino, ante el asombro atónito del generoso caballero español, Coronel Joaquín de Mier, dueño de la histórica residencia, y ante los rostros perplejos de unos cuantos generales y edecanes, los que medían minuto a minuto el ocaso del Coloso, cuyos rasgos moribundos en todo momento eran seguidos por la pupila penetrante y por la mano cariñosa del bondadoso médico Alejandro Próspero Reverend, galeno sin par por su abnegación, por su generosidad y amor, desplegados en el sagrado ejercicio de la bella ciencia de Esculapio, la que había aprendido en los claustros universitarios de su patria, aquella cautivante y pensadora Francia.

Ese doctor Reverend, cuando le toca atender al Libertador, es llevado a éste por el general Montilla. Dicho profesional es una persona bien reputada en Santa Marta, donde actúa como médico de la ciudad y de la sanidad de la provincia. Su nacimiento, lo registra la historia en el año de 1796. Allá en su tierra nativa, ya ha servido a los ejércitos de Napoleón, después de que este magno guerrero regresa de la Isla de Elba. Trabaja incorporado a las fuerzas del ilustre hijo Córcega, hasta que

llega la infausta campaña del Loira, la que acaba por disolver a los aludidos ejércitos, donde cae el joven húsar. Posteriormente, se compromete en nuevos sucesos y empresas, hasta que se siente atraído por la fama de Bolívar, y emigra a estas tierras, en las que fija su residencia, desde el año de 1824. En la antigua ciudad de Bastidas, se le nombra como médico desde su llegada. Allá trabaja con celo y perseverancia, durante muchos años, pues en 1865, según un estudio que encontramos en "El Papel Periódico Ilustrado", firmado por el escritor bogotano Manuel Briceño, el aludido médico aparece tratando a un grupo de reclusos, en la prisión de la ciudad, los que están afectados por una fuerte epidemia febril. Entre los enfermos, se encuentra el Ilustrísimo Sr. Dr. Vicente Arbeláez, benemérito religioso antioqueño, el que más tarde se va a destacar como Arzobispo de Bogotá. La mano sabia y generosa del doctor Reverend, sabe rescatarlo de la cruda enfermedad, contraída en la prisión, sitio al que ha sido llevado por esos bruscos acontecimientos de la historia, sucedidos en el gobierno del General Mosquera.

Este doctor Reverend, es el médico que, en Cartagena, ya lo ha recomendado, muy especialmente, el señor Juan Pavageau, al muy enfermo Libertador, y a quien éste se entrega sin reservas, desde esa noche del primero de diciembre fecha en que el general Montilla llega con el galeno hasta su lecho. Desde el momento en que entran en diálogo médico y paciente, el primero sabe ganarse la confianza del segundo, quien a pesar de la repugnancia que el Libertador ha sentido por los auxilios de la medicina, esta vez tiene gran confianza en que los servicios profesionales de su médico lo irán a restable-

cer, ya que según sus propias palabras, su cuerpo está virgen de remedios, toda vez que en lo tocante a salud, él la ha cuidado personalmente, por medio de la consulta de un manual de higiene, que ha sabido llevar a todas partes.

En seguida, veamos algunos apartes de la Historia Clínica, que el doctor Reverend publicó sobre la enfermedad de El Libertador, en los últimos 17 días de su vida que estuvo a su cargo, tiempo en que se le concretó por entero. Se abren las comillas:

“Su Excelencia llegó a esta ciudad de Santa Marta, a las siete de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional “Manuel”, y habiendo venido a tierra en una silla de brazos, por no poder caminar, lo encontré en el estado siguiente: Cuerpo muy flaco y extenuado; el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda, con esputos viscosos y de un color verdoso. El pulso igual pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de Su Excelencia, me pareció ser de las más graves y mi primera impresión fue que tenía los pulmones dañados. Se le dieron unas cucharadas de elixir pectoral, compuesto en Barranquilla—. Santa Marta, diciembre 1o. de 1830— Hora, 8 de la noche. Reverend.

Del día 2 de diciembre, copiamos parte del boletín o historial médico: “Junta médica con el doctor M. Night, cirujano de Estados Unidos. Clasificamos el temperamento del enfermo, entre los biliosos-nerviosos”. Le anotan cuello muy delgado y un poco contraído; amarillez en el rostro y opinan, que se trata de un catarro pulmonar cróni-

co. Se siguen los remedios pectorales, mezclados con narcóticos y expectorantes, adicionados de pequeñas dosis de sulfato de quinina, para entonar el estómago. Como alimentación: masas de sagú, pollo y caldo”.

El boletín del 3 de diciembre, anota tos nocturna y expectoración. Repugnancia por los remedios y sólo dos o tres horas de sueño.

El boletín del 4 de diciembre, reseña vómito matinal, trastorno que S. E. atribuye a una taza de leche de burra que se le dio. No continúa tomándola. Sigue la tos, la inapetencia y el pulso por la noche se hace febril. Para el dolor interno, correspondiente al hueso esternón, se le aplicó un emplasto de pez de Borgoña, en el sitio más sensible y se alivió bastante.

El boletín del 5 de diciembre, anota hipo y dolor en el costado derecho. Se le dio una píldora calmante para la sensación dolorosa y mejoró. Se sigue la misma alimentación.

El día 6 de diciembre, salen con él para la Quinta de San Pedro Alejandrino, buscando mejor clima y más reposo. El Libertador iba muy contento y muy optimista, tanto por el viaje, como por el cambio de temperamento. Se le dio un poco de goma arábica, como tisana”.

Es bueno resaltar, que en la fecha correspondiente al 6 de diciembre, aparece escrita y firmada por él, aquella hermosa Carta a Fanny de Villiers, su encantadora prima, generadora del más bello y romántico amor, a la que conoció en París, en su mocedad, allá por el año de 1805, época en que también conoció a Napoleón, en todo su esplendor, como jefe de aque-

Illa nación tan poderosa. Transcribimos algunos apartes de esa hermosísima carta, inspirada, tal vez, por la euforia y el recuerdo con que lo estimulaba esa toxina del bacilo de Koch, aún desconocido, ante la vista de ese paisaje risueño y libre del mar, cuando el macilento Libertador, iba camino de San Pedro Alejandrino, montado en una berlina, arrastrada por un fornido caballo, que dirigía un conductor con pericia, con amor y con respeto. Se abren comillas:

“Querida prima: Tú estás conmigo porque todos me abandonan; tú estás conmigo en los postreros latidos de mi vida, en las últimas fulguraciones de mi conciencia.

Adiós Fanny. Muero miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en mis recuerdos mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos. No es digna de tu grandeza tal ofrenda?

A la hora de mis grandes desengaños; a la hora de las íntimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos, con los hechizos de la juventud y de la fortuna: me miras y en tus ojos arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná.

Adiós Fanny: todo ha terminado! Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada; sólo quedas tú, como una visión seráfica, señoreando el infinito, dominando la eternidad.

Me tocó la misión del relámpago, rasgar un instante las tinieblas; fulgu-

rar apenas sobre el abismo y tornar a perderse en el vacío.

Simón Bolívar.

El boletín del 8 de diciembre, anota cambios protuberantes en la salud. Ya hay desvaríos. El Libertador se encuentra bastante amodorrado, con la cabeza caliente y las extremidades frías a ratos. Mucha calentura y el hipo se hace más fuerte. Da quejidos a solas. Se le pone un emplasto en el epigastrio. Se le dan antiespasmódicos y se le observa un cierto entorpecimiento intelectual. Se usan refrigerantes aplicados en la cabeza; medicación revulsiva en las extremidades inferiores y frotaciones, para mejorar la congestión del cerebro.

El boletín número 9 anota mucho desvelo, hipo fuerte, delirio, pulso más frecuente y apretado, sudor ninguno. Cuando se le pregunta si siente dolor, siempre contesta que no, por lo que se deduce, que el sistema nervioso va estando comprometido. Remedios y alimentos similares.

El boletín número 10, reseña el mismo estado anterior y delirio nocturno. El boletín número 11, da cuenta de que el enfermo ha pasado desvelado, conversando solo y delirante. Es interesante recordar que este boletín corresponde a la fecha del 10 de diciembre de 1830, cuando desde San Pedro Alejandrino, lanza su última proclama a los pueblos de Colombia, la que termina con estas conmovedoras e inmortales palabras:

“Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Quizá esta proclama, debió hacer parte de los delirios y soliloquios, anotados en el boletín anterior. Era que el Héroe y Padre de la Patria, se iba desprendiendo de este mundo con grandeza! En el número 10 del Testamento, dispone que sus restos sean depositados en la ciudad de Caracas, su Patria natal.

En el boletín número 12, aparece congestión del cerebro; se anota un estreñimiento pertinaz, que no cede a las píldoras evacuantes, ni a dos lavados intestinales que se le hicieron. Nuevamente se presenta el hipo y se registran arcadas. Se le aplica un cáustico vejigatorio en el cuello. En uno de esos días de su irreversible mal estado, es cuando a instancias del general Montilla y de acuerdo con el médico, se opta por mandar a Santa Marta por el Obispo Estévez, para que le administre los Sacramentos. Antes de llegar el religioso, el fatigado enfermo, expresa:

“Qué es ésto? estaré tan malo para que se me hable de testamento y de que debo confesarme? Cómo saldré de este laberinto?”. No es tan grande ni oscuro el laberinto, cuando el hombre tiene fe, cuando posee tantos méritos, cuando ya presiente que se va a morir y sabe descender con resignación y humildad a cumplir con los designios de Dios. Bolívar se confiesa, con un religioso humano que lo admira y que lo entiende. Ya al anochecer, el Cura de Macondo, un humilde sacerdote, habitante de una casita ínfima, a quien sólo realza su carácter de Ministro de Dios, sin séquitos ni aparatos pomposos, acompañado nada más que de unos acólitos y de unos pobres indígenas, llega a pie y le trae devotamente el Viático a Simón Bolívar, el primer hombre de América. Y concluye el

doctor Reverend, autor de las memorias: ¡Qué lección para confundir la vanidad de este mundo!

De allí en adelante, día tras día, se va opacando más y más la vida de El Libertador. Los siguientes boletines, lo van describiendo con más estupor, con un hipo persistente; a veces con evacuaciones intestinales, ocasionadas por catárticos y lavados; delirante y disúrico; a ratos, con incontinencia de orina y también con micciones sanguinolentas, para terminar en anuria. Hora tras hora, el rostro se va haciendo hipocrático; aumenta la postración y la respiración se hace estertorosa y el pulso se le vuelve filiforme. Coexistente con estos signos, empieza a presentar un ronquido profundo y a la una de la tarde, del día 17 de diciembre, el Padre de la Patria expira, después de una agonía larga pero tranquila”.

Posteriormente, el doctor Reverend practica la necropsia en sus despojos y, a grandes rasgos, encuentra lo que se anota: “Cadáver a los dos tercios de marasmo; decoloración universal; tumefacción en la región del sacro.

Cabeza— Los vasos de las aracnoides en su mitad posterior, ligeramente inyectados; las desigualdades y circunvoluciones del cerebro, cubiertas por una materia pardusca, de consistencia y transparencia gelatinosa; un poco de serosidad semiroja bajo la dura mater. El resto del cerebro, normal.

Pecho— De los dos lados, posterior y superior, estaban adheridas las pleuras costales, por producciones semimembranosas; endurecimiento en los dos tercios superiores de cada pulmón; el derecho casi desorganizado, presentó un manantial abierto, de color de heces

de vino, jaspeado de algunos tubérculos de diferentes tamaños, no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa y dividiéndolos con el escalpelo, se descubrió una concreción calcárea, irregularmente angulosa, del tamaño de una avellana, la cual existe en poder del médico de cabecera. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un moco pardusco, que por presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada de particular, aunque estaba bañado en un líquido ligeramente verdoso, contenido en el pericardio.

Abdomen— Copiamos sólo apartes: El hígado, de un volumen considerable, estaba un poco escoriado en su superficie convexa. La vejiga de hiel, muy extendida; las glándulas mesentéricas obstruidas; la vejiga urinaria, sin orina y retraída contra el pubis". El médico concluye, que la enfermedad que mató al Libertador, fue un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado, pasó al estado crónico y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa". Este es a grandes rasgos, el historial que presenta sobre su paciente el doctor Reverend.

La persistencia del hipo, se puede explicar por las adherencias pleurales, que pudieron haber comprometido el funcionamiento del diafragma, a través de traumatismos sufridos en uno de sus nervios frénicos, los que comandan el movimiento del músculo aludido, esencial en la respiración. El hígado, los pulmones y las pleuras, presentaban patología macroscópica. T.B.C.? Absceso pulmonar o hepático? Hígado cardíaco? Neo hepático? En el vértice del pulmón, se encontró el tubérculo de la primo infección tuberculosa calcificado. Habría reinfecciones postero-

res? Porqué no poder pensarlo así, en el trajín de un guerrero, que comió y durmió en tantos sitios de los dos continentes donde repartió su vida? Porqué no pensarlo así, en un organismo que pudo haber "heredado de su madre, una leve impregnación tuberculosa, la que quizás pasó más o menos larvada, durante su niñez y primera juventud, aunque ya para su arribo a Bogotá en 1819, la flacura del Libertador era impresionante y en 1822, tuvo claros síntomas de una afección pulmonar definitiva", según el concepto del profesor López de Mesa, en su obra "Oraciones Panegíricas? Y no sólo en lo referente a esta enfermedad, ya que este médico y sabio profesor, en la misma obra, afirma que Bolívar posiblemente fue palúdico, fue amibiásico y un parasitado. Al analizar su temperamento, lo clasifica como un "hipomaniaco", cuyo sueño, eran cuatro, cinco o seis horas a lo sumo, casi siempre en una hamaca, para poderse comportar más libremente, ya que su ritmo era el movimiento; un organismo que ingería poco alimento; dotado de un cerebro que pensaba intenso, ya que su función era proyectar y realizar un exponente humano, febricitante y pródigo en amores; con viajes en cabalgadura, en jornadas de diez a doce horas, para luego entrar en fiestas y agasajos. Era pues Bolívar, un ser excepcional, que vivió y pensó intensamente, porque era genio y el genio es un ser distinto a los otros hombres, en su constitución y temple endocrino y en sus reacciones anímicas.

Por lo demás, en el boletín del médico Reverend, no aparece registro del pulso con dato numérico por minuto. Tal vez era que todavía no había el reloj de segundero apropiado para ello. No aparece dato exacto de fiebre. Si sería fácil conseguir termómetro en esa época? Tampoco aparecen cifras

de tensión arterial. Sí se conocería por acá, el manómetro de mercurio, inventado en 1828? De la tisis pulmonar, no se conocía el agente causante ya que Koch descubre el temido bacilo que lleva su nombre, en el año de 1882. Claro que la entidad era conocida clínicamente y quizás se sabía que era contagiosa. En esa época estaba la ciencia muy lejos de los inyectables, pues la jeringa hipodérmica de Pravaz, no llega hasta el año de 1851. No había sueros, ni electrolitos, ni vitaminas; quizás todavía no se conocía el poder de la digital, droga milagrosa para el corazón desfalleciente, aunque había pasado por acá enseñando el sabio Mutis. Como estaba de lejos el Libertador, de los poderosos antibióticos y de la emetina, ya que la amiba histolítica, solo se vino a descubrir a principios de este siglo. Pobre Bolívar, sin un tranquilizante, que le calmara sus angustias y desvelos. Como estaban de distantes su disuria, su hematuria y anuria, de la redención que hoy ofrecen para estos padecimientos, los antibióticos de amplio espectro y los modernos procedimientos de la hemodiálisis.

Con qué contaba pues, nuestro afligido y aniquilado Libertador es esa época? El tenía poco y mucho, ya que con poco o con mucho, el hombre siempre muere. Tenía mucho, porque contaba con un médico absoluto, al pie de su lecho. Contaba con un profesional que le daba con cariño aquellas sencillas cucharadas expectorantes y le aplicaba, pausado y juicioso, esos primitivos vegetativos para el dolor, ya que esto, y lo demás que le hacía, constituía gran parte del arsenal terapéutico de esa época. Este doctor Reverend, era un gran médico, porque animaba, confortaba, le charlaba y disipaba al Libertador en sus secretas aflicciones, como aquellas que le debían traer los recuer-

dos del fracaso de la convención de Ocaña; la fatídica noche de la conspiración septembrina y el derramamiento de la sangre de los mártires Córdoba y Sucre, sus insignes compañeros y generales de su gesta libertadora. Ese doctor Reverend, era un médico generoso y recursivo, que lo pasaba en sus brazos, de su cama a la hamaca, para que descansara. Este médico fue el emblema de aquel "Buen Samaritano de la parábola de Cristo", pues muerto Bolívar y practicada por el mismo galeno la autopsia y embalsamado el cadáver, en seguida procedió a vestirlo con camisa limpia, protestando ponerle la única muda rota que tenía, con estas entrañables palabras, que leemos en sus memorias: "Bolívar aún cadáver, no vestirá ropa rasgada. Si es que no hay otra camisa, yo mandaré por una de las mías". En ese momento, fue cuando le pasaron una, del general Silva.

Para finalizar estos apuntes, a severos, con criterio muy personal, que ese doctor Reverend, realizó en el cuerpo de El Libertador, una clásica necropsia. El supo realizarla, porque era un inquieto discípulo de la docta Escuela Francesa, y dicha escuela, había aprendido ese sistema investigador de la Escuela Griega, que era la de Hipócrates, y ésta lo había aprendido de la Egipcia, ya que en un tratado de la Historia de la Medicina, hemos leído, que en aquellos remotos tiempos de los Tolomeos, era de rigor practicar la necropsia en el que acaba de expirar, en primer lugar, para embalsamar el cadáver y en esta forma poderlo conservar incorrupto, mediante la evisceración y la adición al resto del cuerpo de fragantes esencias, ya que este pueblo hierático, magistralmente reseñado en La Biblia (Génesis, capítulo 50, referente a la muerte de Jacob y de su hijo José, el soñador y el adivino) y pueblo también magistral-

mente reseñado por Heródoto y por Plinio en la primera Historia aludida, tenía un gran culto por los muertos. En segundo lugar, fuera del acto de la necropsia y del embalsamado, ese pueblo sacerdotal y ya pensador, se proponía investigar, cuáles y cómo eran las enfermedades internas que extinguían la vida del Hombre. Allá en Egipto, empezó a nacer la medicina.

Llor a este médico absoluto que abandonó su patria, para venirse a servir en una tierra extraña; que atendió al Libertador con amor, con clínico

ademán y con celo perseverante de fiel cumplidor de su deber, sin aceptar denarios ya que este noble profesional, fue el más confidente amigo y el más cariñoso consuelo de nuestro Héroe, cuando vencido como don Quijote después de su última salida y de su derrota caballescaca, supo morir con estoicismo y con cristiana grandeza, perdonando a sus perseguidores y haciendo votos por la felicidad de la Patria. Por esa Patria libertada por su espada y por su genio, en una de las más famosas epopeyas de la historia del hombre.